

EL ESCRITOR Y SU TIEMPO

MAURICIO
MAGDALENO

Por Mario PUGA

-CREO que el escritor tiene una misión en la sociedad, y creo que es factor dinámico en su desarrollo. Si bien el hombre de letras llega a su empeño, para expresar su propia individualidad, más adelante su impulso se adentra en la realidad, en la que le circunda y de la cual es, él mismo, parte indesligable.

Con palabra lenta, Mauricio Magdaleno afirma la importancia social del escritor y de la obra bien lograda. Estamos en la Dirección de Acción Social del Departamento del Distrito Federal, al frente de la cual cumple una labor tesonera y silenciosa. Tiene una actitud militante. Creyente de la libertad, piensa que ésta es la base de la dignidad y el decoro, sin los cuales es imposible toda creación de cultura.

—Contra la dignidad y el decoro del hombre contemporáneo combaten el miedo, la crueldad y la anarquía — nos dice. Creo que el hombre de letras, cualquiera que sea su acervo ideológico, está contra estos males. Porque el escritor, al expresar la realidad, al recrearla, busca hacerla inteligible para los demás, dar una visión congruente con las aspiraciones, los anhelos legítimos de su especie. Esta es una obra de libertad, ya que la obra literaria, que es hablar de cualquier obra de arte, la presupone y la realiza a la par.

Los primeros pasos.

Mauricio Magdaleno nació de padre jacobino y liberal y de madre católica, respetuosa del pasado y del *status* que conocieron sus mayores, en la Villa del Refugio, Zacatecas, el 13 de mayo de 1906. Don Vicente Magdaleno, su padre, se afilió al movimiento contra don Porfirio Díaz desde sus prolegómenos, participando en la campaña de don Francisco I. Madero. Al triunfar el movimiento, don Vicente ingresó a la administración pública. Más tarde fue designado pagador de Hacienda en la administración de Venustiano Carranza y en la de Alvaro Obregón. Cuando la Decena Trágica, don Vicente se retiró de la ciudad de México, y desde Aguascalientes, donde residía la familia, emprendió la lucha contra Victoriano Huerta, afiliándose al Constitucionalismo. Durante el régimen obregonista, decidió retirarse de la administración pública, volviendo a su casa, pobre y satisfecho de haber dado lo mejor de sus días a la empresa de construir un México nuevo.

Magdaleno recuerda sus años en Aguascalientes, en cuyas escuelas hace los estudios de primaria y secundaria. En los días de la Convención ve desfilar a los jefes de la asamblea depositaria de las esperanzas del pueblo, urgiendo a la unidad

en la acción revolucionaria, que se frustraría con la ruptura de Villa y Eulalio Gutiérrez.

—Recuerdo haber mirado, absorto y al mismo tiempo conmovido, la imponente figura de Francisco Villa, cuando a caballo y seguido de aguerrida escolta, acudía al Teatro en que deliberaban los convencionistas. No he olvidado su aspecto imponente y rústico: los ojos encendidos



... creyente de la libertad ...

en la mirada perspicaz y aguda; los cabellos rojizos sobre la frente, bajo el amplio tejano ...

El niño criado en el hogar antiporfirista no se sustrajo a los azares y luchas de la época. Los días de la Convención condujeron a excesos. Las turbas —en las

que se hallaba don Vicente, llevando de la mano a Mauricio— quemaron cofradías, conventos e iglesias, asaltando los centros de la reacción y del dogmatismo católico.

—Recuerdo a mi padre narrándome la epopeya de Ismael García de la Cadena, quien fue ejecutado hacia los años de 83 u 84, por levantarse en armas contra el gobierno nacional. Tuvo este revolucionario un programa: el reparto de tierras a los indígenas y a los pueblos.

Hacia 1920 estaba Mauricio Magdaleno en México. Ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria; pasó después a la facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional, siendo Rector de la misma José Vasconcelos, quien sería, más adelante, Secretario de Educación.

Días vasconcelistas

—Por ese entonces militaba yo en la oposición a Vasconcelos. Años después hube de reconocer la importancia de su labor al frente de la Universidad y de la Secretaría de Educación y fui, entonces, en compañía de muchos otros jóvenes, entusiasta sostenedor de su candidatura a la presidencia de la República. —Hace una pausa, y luego añade:— Recuerdo que formamos un grupo beligerante y decidido. En él se hallaban Andrés Iduarte, Antonio Acevedo, Moreno Sánchez, Carlos Pellicer —quien se incorporó al grupo en plena lucha electoral— y Agustín Yáñez, entre otros. Esta campaña fue obra de los estudiantes y Vasconcelos resultó un candidato peligroso. ¡Y pensar que él se había rehusado y que fuimos sus postulantes quienes debimos persuadirlo!

El rostro del escritor se anima con la luz de aquellas horas de vicisitudes, de vivir a salto de mata.

—El gobierno opuso la fuerza de las armas, la violencia, al entusiasmo de la juventud mexicana que acompañaba a Vasconcelos. Muchos conocimos las prisiones. En siete oportunidades fui detenido y pasé diversos períodos en la Penitenciaría. En la manifestación del Jardín de San Fernando cayó un joven y brillante dirigente, un orador que sabía levantar la esperanza en el pecho de la multitud: Mauro Germán del Campo, muerto a los veinticinco años ... Así fue como el régimen logró detener la avalancha pujante de la juventud, entonces unida bajo las banderas revolucionarias de Vasconcelos ...

Teatro de Ahora

Magdaleno colaboró con Narciso Bassols, siendo éste Secretario de Educación Pública, a quien recuerda con cariño y gratitud.

—Fue un Secretario de Educación tan extraordinario y dinámico como Vasconcelos. Hizo una labor creadora realmente singular. Bajo su gestión se organizó el *Teatro de Ahora*, ensayo de teatro mexicano que vino a romper el estrecho molde colonial. Hasta entonces nuestro teatro se alimentaba de influencias españolas y francesas. En el momento en que el *Teatro de Ahora* salió a la brega, un grupo de jóvenes escritores nos esforzamos por hacer teatro de inspiración nacional. Teatro realista, quizá bronco, escaso de pulimento literario, pero, sin duda, teatro vivo, pleno de sugestión, dramático, fuerte, que llevó a la escena el lenguaje y la per-

sonalidad del pueblo, sus problemas, sus reclamos de justicia y de libertad, su voz ruda de campesino y de pobre, su aliento de tierra sedienta, huérfana de comprensión... El *Teatro de Ahora* fue una experiencia decisiva en la historia del arte mexicano. Bustillos Oro tuvo en esa experiencia sus mejores aciertos, porque logró hacer teatro del pueblo, que el pueblo entendió y supo aplaudir.

Fue precisamente con el *Teatro de Ahora* que la obra de Mauricio Magdaleno rebasó las fronteras del país. Las tres obras que le dieron merecida fama y que forman el volumen "Teatro Revolucionario Mexicano", fueron representadas por el Teatro del Pueblo de Buenos Aires, por los grupos experimentales de las universidades de los Estados Unidos y por grupos profesionales de España. *Pánuco 137*, *Emiliano Zapata* y *Trópico* fueron aclamadas por los públicos más diversos, que encontraron en ellas un valiente reclamo a la conciencia de los gobernantes, para resolver los problemas de la Revolución aún no atendidos.

—El *Teatro de Ahora* rompió con la vieja y decadente tradición, introdujo el rumor de los campos, el drama del pueblo, sus voces y demandas: dio un paso fundamental en el desarrollo de este arte dentro de las fronteras de México...

—La primera representación del *Emiliano Zapata* desconcertó al público —nos dice sonriendo. A los pocos minutos la sala se llenó de chillidos y gritos de protesta del público. A medida que avanzó la representación, se hizo el silencio, y el acto terminó con prolongados aplausos. El éxito de la obra creció sin interrupción y llegó a ser una de las más solicitadas del repertorio.

Años más tarde, convocado el *Concurso Hispanoamericano de Teatro*, en Madrid, en 1933, esta misma obra que abriera nuevos caminos a la escena mexicana, obtuvo el primer premio. El esfuerzo de Magdaleno había logrado el reconocimiento no sólo de su patria sino de España y de las repúblicas hispanoamericanas. Su Teatro Revolucionario fue editado por Zenit de Madrid, por Claridad de

Buenos Aires, y en México se sucedieron las ediciones.

Primer ciclo novelístico

Se ha iniciado la década de los años treinta. Mauricio Magdaleno siente necesidad de un medio expresivo más amplio, de un contacto más extenso y permanente con el público. Va a la novela. Logra en este género una obra de creación más numerosa y tan importante como el teatro. Sus primeras producciones en este género no se atreven aún con el problema social mexicano, aunque aquí y allá encontramos toques reveladores de la preocupación que desgarró al escritor. *Campo Celis* y *Concha Bretón* fueron las novelas que precedieron a *El Resplandor* (1936), la creación más cabal, profunda y trágica de su talento. Su personaje más terrible es el cacique, no tanto el viejo y rutinario cacique colonial, cuanto el nuevo, el audaz cacique "revolucionario", el Coyotito, aquel mestizo de otomí y blanco que explota la sana credulidad de sus gen-



...la obra bien lograda....



....contacto extenso y permanente con el público....

tes para auparse a la silla de la gobernación. No hay otra de Magdaleno que traduzca con tintes más sombríos, más enérgicos y tremendos la grave desolación de los indios otomíes, reducidos a la miseria en el páramo sin agua, en la tierra caliza castigada por el sol, calcinada de fuego, escuálida de hambre.

El lenguaje de *El Resplandor* es directo, pero desenvuelto en períodos largos, remansándose por momentos, amoroso, en la palabra escasa de los indios esquilados por los revolucionarios de falso cuño, como antes lo fueron por los amos encomenderos, los latifundistas de La Brisa. (Por momentos, ¡qué fuerte evocación de *El Resplandor* hallamos en el *Pedro Páramo* de Juan Rulfo! El realismo crudo, la mirada penetrante que desgarró las carnes, que roe por dentro la simpatía; una atmósfera agobiadora, turbia, densa. El mismo problema, igual drama tremendo de abandono, la ausencia de solidaridad humana; la fría crueldad convertida en sistema de enriquecimiento y de gobierno, que envilece. Pero en Rulfo la realidad está del revés, en negativo, entre los muertos.)

La tertulia de Madrid

Magdaleno viajó a España en 1932, becado por la Secretaría de Educación Pública. Se radicó en Madrid y siguió el doctorado en letras en la Universidad Central, optando el grado en 1933. Frequentó el *Café Regina*, asistiendo a la tertulia que presidiera don Manuel Azaña. Cipriano Rivas Cherif, dueño de un nombre en los escenarios españoles, le presentó a Azorín. Conoció en la tertulia a Enrique Díez Canedo, a Francisco Méndez Flores y otros, políticos y escritores republicanos.

—En esa época conocí en Madrid a César Vallejo, el extraordinario poeta peruano, que visitaba España, cumpliendo su anhelo de conocer a ese pueblo, de vivir su experiencia. —Magdaleno enciende un cigarrillo. Se nos sirve café. El escritor parece reunir sus memorias, mientras exhala el humo en una delgada columna que se quiebra al soplo de su voz. Nos dice: —Pero nadie era esperado en la tertulia con más cariño, con tanto interés como don Ramón del Valle-Inclán, de figura mítica. El viejo legendario, barbado, ojillos vivaces, imaginación sin trabas, echaba a volar a la menor incitación de los amigos. Entonces yo, el joven mexicano —él me suponía soldado de la Revolución, veterano de las guerras contra la dictadura—, lanzaba al ruedo los toros luminosos de su fantasía. Y cuando alguien, con sonrisa incrédula, dudaba de la veracidad histórica del relato, don Ramón se volvía a mí, diciéndome: "Aquí está este muchacho, él lo sabe bien, ¡preguntádselo!" La duda era acallada, y don Ramón señoreaba en la tertulia con su aire majestuoso de coronel de los ejércitos de Tierra Caliente...

Reímos nosotros, sin poder evitarlo, conmovidos. Creemos asistir a una reunión de esta tertulia incorporada a la leyenda áurea de la España culta, la España del pueblo que dijera Antonio Machado. Nos parece ver al escritor mexicano, un joven apenas, turbado y en el desconcierto, por la necesidad de testimoniar la veracidad de lo que, un momento antes, no existía siquiera en la propia imaginación

caudalosa de don Ramón. Magdaleno reflexiona.

—Y, vea usted —añade— ¡qué lamentable fue después! Don Ramón, que con otros fuera padre de la República, se convirtió en uno de sus enemigos más encarnizados. ¿Por qué? No lo sé, pero es indudable que no le satisfizo la creación, y le negó su apoyo...

Otras novelas, cuentos y ensayos

La obra de Magdaleno siguió creciendo. Desde 1936 continuó su producción novelística. Aparecieron en los años siguientes, *Sonata* (recuerda el mismo título de una de las más gustadas obras de Valle-Inclán), *La tierra grande*, *Cabello de elote*. Estas, pudiéramos decir, forman un segundo ciclo.

Hay cambios evidentes en el estilo. Se han acortado los períodos, le preocupan más la construcción y el lenguaje: éste ha perdido reciedumbre y populismo en pro de su corrección gramatical y sintáctica. Pero, sin duda, ha perdido fuerza; esa densa y oscura savia terrenal que alimentó su primera producción en el teatro y la novela, que tiene a *El Resplandor* como exponente cabal.

En el segundo momento Magdaleno es más narrativo y, sin embargo, no es mejor narrador; es más novelista, pero no es mejor testigo del drama que novela. Hay un cambio patente en las páginas de *La tierra grande* (1947), novela que expresa bien el carácter de su segundo ciclo. Esta novela, a la vez, cierra el primer período y da paso a una obra más permeada de influencias y lecturas, más atenta a lo literario que a lo humano, más a los medios que al conflicto insoluto del hombre y sus condiciones de vida, su hambre fisiológica y crónica y su urgencia de valores culturales. Observemos también que otra de sus obras, *Cabello de elote*, es la trasposición del título *Poil de Carotte* (Cabello de zanahoria) del francés Jules Renard.

Pero la obra de Magdaleno no se agota en el teatro y la novela. Trazando un tercer ciclo entrega en el curso de los diez años últimos diversos volúmenes de ensayos y cuentos. En los ensayos produjo: *Rango*, *Tierra y viento* (1948), *Fulgor de Martí*: En los cuentos, *El ardiente verano* (1952) y *Ritual del año* (1954) que participa de la crónica y del ensayo. Actualmente el Fondo de Cultura Económica tiene en prensa otra novela, en que recuerda a través de sus personajes, la campaña presidencial de Vasconcelos.

Mauricio Magdaleno ha trabajado, también, para el cine mexicano. En los años inaugurales, cuando la preocupación por el argumento era tanta como por la excelencia de la fotografía y la veracidad del tratamiento, Magdaleno fué quien proporcionó los mejores textos a nuestro cine. Con Bustillos Oro y Emilio Fernández formó durante años el equipo más brillante y certero de este arte. Textos de Magdaleno son los que hicieron películas como "Flor silvestre", "María Candelaria", "Río escondido", "La malquerida", "Pueblerina" y otras más.

El escritor y el pueblo

Entran y salen empleados trayendo pa-pelos. Observamos al escritor. Delgado, de ojos claros y penetrante mirada, alta la

frente, castaño el cabello, es ejemplar del criollo mexicano, alerta, sereno, con mucha actividad interior, difícilmente trasparenteada en el rostro. ¿Cuál es su actitud hacia los pueblos hermanos de América?

—Soy hombre alimentado por la enseñanza americanista de José Martí, apóstol de la libertad y la unidad hispanoamericana — nos dice. Creo como él, que "hemos de estar juntos —cito de memoria al maestro— como va la plata junta en las entrañas de los Andes". En mi vida he estado y estaré siempre al lado de los pueblos de este Continente, como estuve con Venezuela, la Venezuela de Rómulo Gallegos, maestro admirado por su obra y por su vida; como he estado al lado de la Guatemala revolucionaria, a la par que otros escritores mexicanos que repudiamos toda intervención y agravio a la soberanía de nuestros pueblos... Sí



...una labor tesonera....

—reafirma con énfasis—, el caso de Guatemala abrió una herida en el corazón de América.

Recupera su serena inmovilidad; y, luego, mirando a México, nos dice:

—Creo que los escritores mexicanos en nuestra obra, hemos registrado su historia. Pero no sólo dejamos meras constancias, sino que en los mejores ejemplos hemos dado nuestra voz de alerta, encendiendo una luz guiadora. Creo, así, que la obra de los escritores de la Revolución ha contribuido en parte considerable a definir el movimiento mismo de nuestro pueblo. Es por todo esto y por el valor intrínseco de su obra que tanta admiración y gratitud profeso a ese hombre ejemplar que fue don Mariano Azuela. Además de que la amistad estrecha que me une a su hijo, el doctor Salvador Azuela, es una razón poderosa, del maestro don Mariano recibí consejo y auxilio. Ha sido para mí como un segundo padre —nos dice pronunciando lentamente las palabras, como dándole peso y significación singulares—. Un segundo padre, eso ha sido para mí el autor de *Los de abajo* y de una docena de obras maestras de nuestra novelística. Quizás a mi cariño por el maestro se deba el que se me hubiera escogido para cuidar de sus obras inéditas y que bajo mi atención, van saliendo a luz. *La maldición*

es una de éstas. En el presente año apareció otra novela, *Esa sangre*, también en la colección Letras mexicanas de F. C. E.

Le preguntamos por sus simpatías y lazos con otros autores nacionales.

—He querido mucho y lealmente al malogrado Gabriel Méndez Plancarte, sacerdote liberal, polígrafo y humanista. Y, si usted me pregunta por los autores mexicanos que yo prefiero, debo decirle que, para mí, siguen siendo los mejores Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos. Aquél autor de la novela maestra de nuestra literatura, *La sombra del caudillo*, ejemplo de cómo puede lograrse la solución más elegante, vigorosa y realista de un conflicto de la compleja dificultad del que ahí se planteó; y, éste, Vasconcelos, autor de algunas de las páginas más brillantes de nuestras letras, padre del incomparable *Ulises criollo*. *Descubriendo la Revolución*.

Recordamos a Magdaleno que algunos autores y comentaristas adjudican signo negativo a la obra de los escritores que retratan la Revolución, calificándola en muchos casos de ser antirrevolucionaria.

—Sí, no ignoro esas afirmaciones. Luis Alberto Sánchez echó a rodar esa moneda falsa por los caminos de América en alguna de sus obras. Pero, ¡qué mal conocen nuestra obra, si es que en verdad la conocen! El mejor servicio que puede prestar el escritor a su pueblo es revelar la proyección de sus valores y sus desvalores, como hombre que busca superar los males y como ente biológico, que se rinde a los imperativos torvos y bárbaros de la especie; aquella mezcla profunda y ancestral que es el hombre; a veces demoníaco, otras tantas feérico... No, esos juicios ligeros no privarán a la literatura mexicana revolucionaria de su auténtico significado de expresión, síntesis y valuación de una épica popular, todavía única en nuestra América. —Se detiene unos segundos y, luego—: Fíjese usted, somos los escritores los que más hemos contribuido a la revaluación de nuestra historia, y en especial de la Revolución. Como en el caso de García de la Cadena, puedo citar otros precursores cuyo sacrificio fue puesto a luz del pueblo no por historiadores sino por escritores. Tal es la reivindicación de la gallarda figura de Manuel Lozada, apodado el Tigre de Alica, primer agrarista que se alzó en armas, reclamando el reparto de haciendas y la dotación de tierras a los pueblos. La gesta de Lozada se prolonga desde 1864 hasta 1873, año en que muere fusilado. Desde 1906 don Mariano Azuela se preocupó por la importancia de este precursor. Y en 1947 logramos reunir un congreso, en el que participaron Azuela, el que habla, Agustín Yáñez, Calderón y otros.

Sin duda Magdaleno es un creyente fervoroso en la Revolución, pero queremos ratificar nuestro pensamiento con sus palabras.

—La Revolución no ha muerto, como tampoco ha terminado, exclama afirmativo y enfático. Algunos intelectuales mexicanos han proclamado esa tesis. No, por lo que yo entiendo y conozco, creo que esta Revolución, iniciada con las armas en las manos y por los estratos más abandonados y explotados del pueblo, está en marcha, transformándose en su movimiento, pero avanzando siempre por encima de contradicciones y obstáculos muchas veces tremendos. Es verdad que la Revolución desde que se hizo gobier-

no tiene otro cariz, y es natural; así debía ser. Pero de este régimen han surgido fuerzas ocultas, capacidad creadora que pocos se atrevieron a reconocer a nuestro pueblo. Y México ha crecido, ha cobrado conciencia, ha dado muchos pasos adelante. ¿Cómo se puede negar lo que es este México de ahora, en marcha inconfundible hacia nuevos modos de vida, en otro nivel de satisfacciones, con una personalidad vigorosa, coherente, históricamente bien definida? Pero está bien que se discuta este asunto, fundamental siempre al destino de nuestro pueblo, y que la discusión mantenga alerta a los hombres de pensamiento, políticos e intelectuales, hombres de ciencia y maestros.

Los escritores jóvenes.

Y, ahora, pensamos en los escritores jóvenes, los que han venido entregando su obra en esta última década, lo que no conocieron por sí mismos los años agitados y dramáticos de la lucha en los campos de México, la acefalía y el caos.

—Creo en la literatura mexicana —afirma Magdaleno— y creo en los escritores jóvenes. Ellos son quienes recogerán los frutos de esa amarga y cruda experiencia revolucionaria, son ellos los herederos del acervo histórico de nuestro pueblo. Y ya ha dado frutos excelentes. No lo digo sólo por cuanto a estilo, a dominio del oficio, sino también por el descubrimiento de nuevos ángulos críticos, nuevas modalidades expresivas, nuevos temas. Hay un vigoroso empuje juvenil en nuestras letras, imposible de ignorarlo. Pero de toda esta rumorosa hueste de jóvenes, me quedo con Juan Rulfo y con Juan José Arreola, tan distintos entre sí y tan extraordinarios escritores ambos. ¡Qué fuerte, qué intenso, qué tremendamente dramático es Rulfo! ¡Y qué fino, sutil, irónico y aun satírico, es Arreola! Entrambos están las dos caras de la medalla de nuestras letras contemporáneas. Me es imposible establecer preferencias entre uno y otro. El realismo de Rulfo, quizá... Pero, no, imposible. Ambos son excelentes escritores.

Mauricio Magdaleno nos ha dado su pensamiento con generosa confianza. Para mis compañeros universitarios siempre estaré a mano —nos había dicho, cuando le solicitamos nos recibiera. Pero, nos explica: En realidad, soy enemigo de entrevistas. Me parece un recurso publicitario que no viene bien a mi natural introvertido. Aunque parezco blanco, soy indio, y de verdad, por dentro. Pero, vamos... estoy con usted

Nos despedimos de él, en su despacho de la Dirección de Acción Social, en los altos del Mercado Abelardo Rodríguez, cuyos muros exhiben todo un período de la gran pintura mexicana. Tiene mucho que atender. Alcanzamos a enterarnos: tres casas de asistencia y rehabilitación de menores abandonados, quince talleres de asistencia social para mujeres, asilos para ancianos y mendigos. Le reclamamos su última respuesta:

—Sí, a finales del presente año se montará la VII Feria Mexicana del Libro, con la participación de los editores de la república hermana incluyendo a Puerto Rico, como es natural —nos explica—. Hasta la fecha han aceptado una docena de países. Esperamos que asista la totalidad. Esta feria será de mucha mayor importancia que la última...



GESTACION Y VIDA

DE FUENTEOVEJUNA

Por Alvaro CUSTODIO

“**L**A Celestina” y “Fuenteovejuna” han constituido los dos mayores éxitos populares del teatro clásico hispano en la ciudad de México en los últimos veinte años. Dos obras eminentemente realistas; la primera, con expresiones y escenas a veces tan detonantes que a cuatro siglos y medio de compuesta sigue escandalizando a los mojigatos; la segunda, aunque escrita en verso, posee tal vigor en la acción y es reflejo tan auténtico de la cólera popular contra la injusticia de los fuertes, que resulta subversiva para la mayoría de los gobiernos de nuestro tiempo. ¡Milagro del genio! Esos dos españoles, Fernando de Rojas y Lope de Vega, anticipáronse en siglos a muchos de nuestros contemporáneos que aun mantienen una mentalidad medieval o troglodita. La verdad —no el verismo— de “La Celestina” y de “Fuenteovejuna”, junto con la acabada belleza de su forma literaria —condición indispensable en toda obra para derrotar al tiempo— realizaron esa prodigiosa ósmosis del pasado al presente con la jocunda resultante del éxito popular.

Me ha tocado a mí revivir sobre la escena, desde que fundé en 1953 el “Teatro Español de México”, esas dos obras extraordinarias. En los dos años y medio que separan la puesta en escena de una y otra, maduró mi experiencia —todavía corta— al dirigir y montar también “Las Mocedades del Cid” de Guillén de Castro, “La discreta enamorada” del propio Lope de Vega, “Reinar después de morir” de Vélez de Guevara, “La Hidalga del Valle” de Calderón de la Barca y “La Manzana” de León Felipe. Tal era mi bagaje escénico al encargarme el Instituto Nacional de Bellas Artes la direc-

ción de “Fuenteovejuna” al aire libre, intento de formidable envergadura que no tenía precedente en la ciudad de México. Por mi parte, había presentado al aire libre en Cuernavaca, pero siempre sobre tabladillos improvisados, “Don Juan Tenorio”, de Zorrilla, en la plaza de toros, “La Celestina” en el patio de la Escuela Benito Juárez y “La Hidalga del Valle”, en el atrio de la catedral.

—Tengo un plan ranchero —díjome campechanamente Celestino Gorostiza, jefe del Departamento de Teatro del I. N. B. A., cierto día del pasado noviembre. Y agregó: —Montar al aire libre “Fuenteovejuna”. Usted es la persona indicada: busque lugar y ponga a trabajar a sus huestes...”

Al principio se pensó escoger una plaza céntrica: ¿el viejo ex-mercado de flores de la Avenida Hidalgo? ¿La plaza de Santo Domingo? ¿La plaza de Loreto? Se temía que un espectáculo de esa índole no pudiese sostenerse con perspectivas de éxito mediano más lejos del primer cuadro de la ciudad. Se planearon tímidamente diez únicas representaciones; el teatro clásico no goza fama de taquillero. El ensayo era estrictamente cultural sin propósitos comerciales, como todos los espectáculos del Instituto Nacional de Bellas Artes. Yo hice notar que mi Teatro Español de México, pese a su escasez de medios, había logrado éxitos económicos tan notables como el de “La Celestina” y las jiras a Cuernavaca, Guadaluajara y San Luis Potosí. El único fracaso económico decisivo lo había tenido con una obra moderna: “La Manzana”, de León Felipe en la Sala Chopin.

Gorostiza me aconsejó que nos aventurásemos a trasladarnos a las típicas plazuelas del remoto San Angel, aconseján-